



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



DIRECTORA: ANGELA GRASSI DE CUENCA.

Núm. 24—Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

26 JUNIO 1879.

| Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXIX.

SUMARIO.—Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda. —Trajes de verano. —Vestido para viaje. —Vestido para el campo. —Vestido con polonesa bordada. —Vestido para niño. —Delantal-blusa para niña. —Cuello marinero para niños. —Cuello bordado en color para niños. —Delantales para señorita. —Cuello y puros con encaje breton para señora. —Corbata de muselina y encaje. —Corbata bordada en tul. —Corse abrochado en las caderas. —Corse-faja. —Corse con almohadillas para cuerpos irregulares. —Zapatos de moda. —Botones de novedad para confecciones y vestidos. —Caja para guantes. —Bordado para almohadon. —Cenefa bordada en cañamazo. —Colchoncillo y almohada cubiertas de encaje para llevar

un niño á cristianar. —Almohadon pouf bordado en colores. —Canastilla con cubierta bordada. —Trasparente de flores disecadas. —Almohadon de tejido anudado. —LITERATURA: El mes de Junio, por Eduard Pascual y Cuéllar. —En el aniversario de la muerte de la Reina de España D.^a Mercedes, soneto, por Angela Grassi. —En un album, poesia, por Luis Vidart. —El señor de la levi a, por José Maria Cuenca. —La festividad del Corpus en Valencia, por Luisa Duran de Leon. —Correspondencia. —Secretos útiles. —Explicación del figurin 1.365.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1, 27 Y 28. CAJA PARA GUANTES.

Compónese esta caja de papel cañamazo con bordados que muestran los núms. 27 y 28, aplicaciones y pintura silueta hecha sobre el mismo papel: botones ó cuentas de acero ó de marfil figuran sujetar los juncos barnizados, correspondiendo á ellos el broche. El pliego de patrones ofrece explicación más detallada de esta labor.

2. BORDADO PARA ALMOHADONES Ó CORTINAS.

Este bordado está hecho en lona blanca á punto de cruz, con lanas ó algodones de colores, y alternando tiras bordadas con tiras de seda del color de

la tapicería ó sencillamente con tiras de lana gris ó cruda: esta clase de bordados se emplea mucho para decorar salones de verano y pabellones de jardín. También se hacen alerías de este género alternando tiras en cañamazo y tiras de seda.

3 Y 4. CORBATAS DE ENCAJE.

La primera, de muselina de la India y encaje breton, tiene 120 centímetros, con entredos en el centro y puntilla lisa al borde, terminando las puntas con encaje ancho breton plegado.

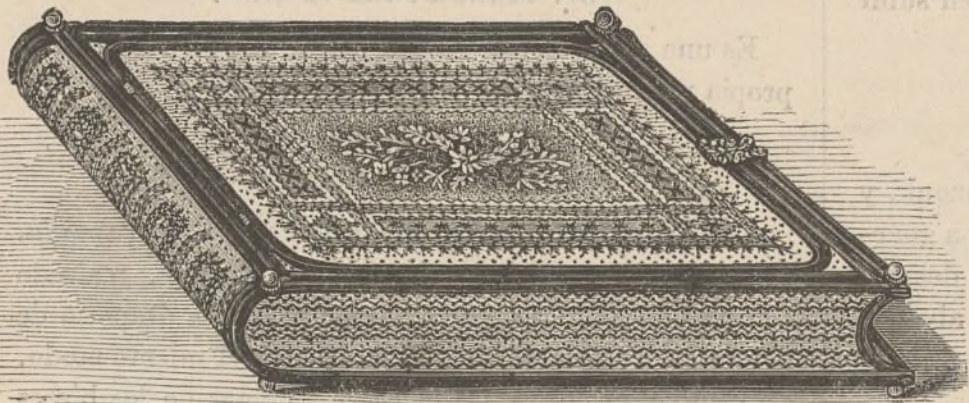
La segunda está bordada en tul, con hilo plata, ó sea de brillo, para la cual se encontrará dibujo en cenefas de tul publicadas en números anteriores: un sembrado de estrellas y lazo de



3. Corbata de muselina y encaje breton. raso con broche, la completan.

5. CENEFA PARA ALMOHADONES Y PORTIERES.

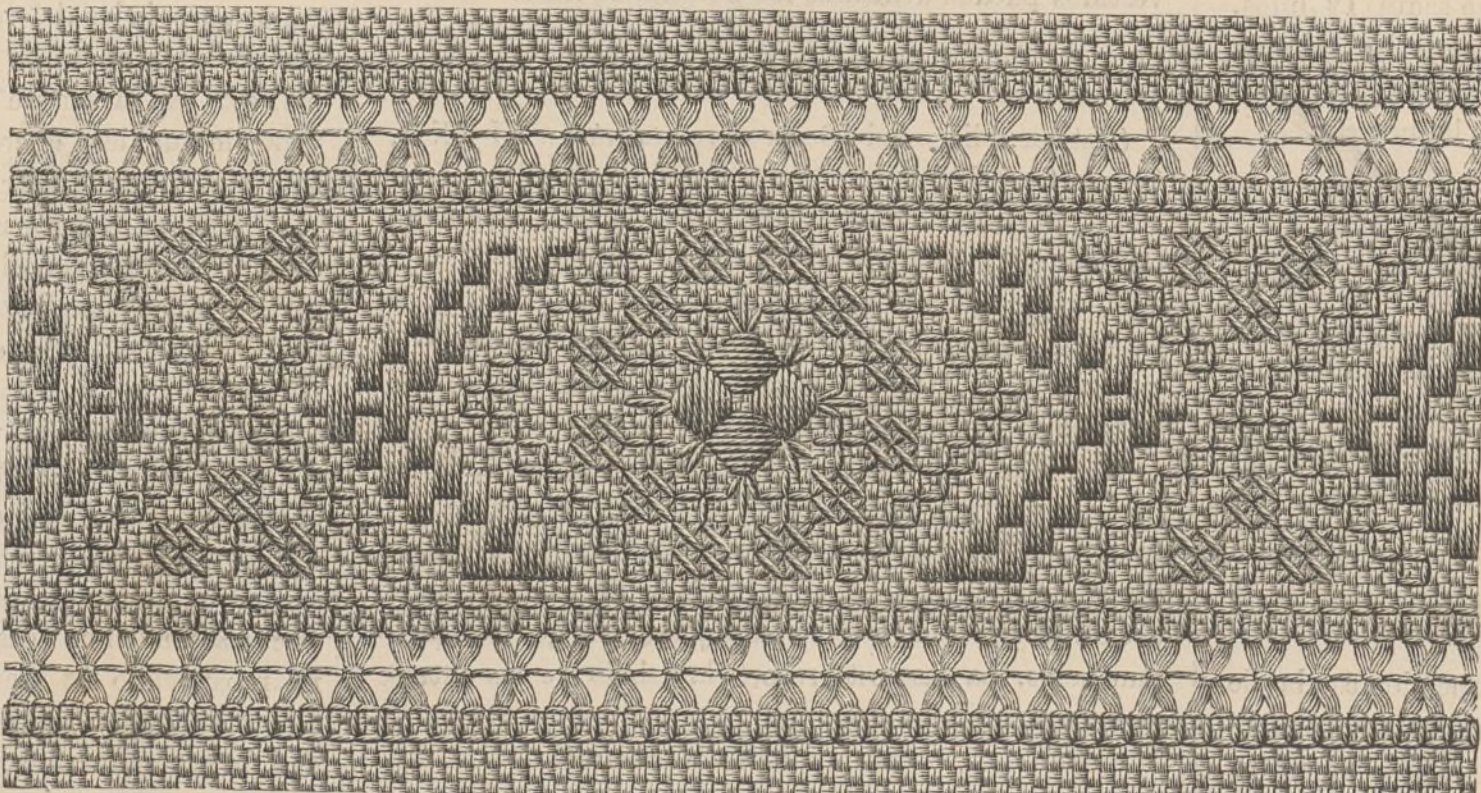
Tiene la misma aplicación que el bordado núm. 2, sólo que estas tiras hechas en cañamazo Java son mucho más sencillas. Los diferentes puntos y el calado de las orillas están enteramente claros en el modelo y nos relevan de toda explicación. Si se destina la tira á un almohadon y se necesita esquina, se obtendrá con el auxilio de un espejo.



1. Caja para guantes. Pintura y bordado sobre papel cañamazo. (Véanse los núms. 27 y 28. Dibujo: figs. 67 y 68 del pliego del 18 por el derecho.)



2. Bordado para almohadones



5. Cenefa para almohadones, bordado en cañamazo Java.

6 Á 9. CUBIERTA PARA COLCHONCILLO Ó ALMOHADON.

Labor de encaje inglés.

(Contornos completos del dibujo: en el pliego del 18 por el revés, fig. 27.)

En Francia, donde se llevan los niños en colchoncillos ó almohadones en su primera edad, se emplea un lujo extraordinario en estos colchoncillos, cuyo adorno corresponde muchas veces al de el faldon de cristianar. El colchoncillo y almohada que ofrecen para este objeto nuestros grabados, son muy ricos en raso grana con las cubiertas de encaje. El núm. 7 muestra la mitad del encaje de la almohada, el núm. 6 ofrece el encaje de alrededor: las cintas están co-

locadas sobre tul que se recorta en el fondo y se cubre de calados en el floreado. Las personas que quieran utilizar esta labor para cubiertas de almohadones tendrán un objeto rico y elegante.

10. ALMOHADON POUF.

(Dibujo: en el pliego del 18 por el revés, núm. 64.)

Este grabado presenta una banqueta redonda de madera, de 38 cents. de alto por 128 de circunferencia: el asiento es de ratina gris claro, tapizada con botones alrededor y formando el centro la tapa de una caja redonda de la profundidad del pouf, cuya tapa, cubierta de tela, va bordada con seda argelina (3 cabos) siguiendo los



4. Corbata bordada en tul.

contornos del dibujo: las palmas se bordan al pasado con verde oliva y membranas de oro, y las flores á nuditos rosa y granate, y en dos tonos de azul y dos tonos pensamiento. Los mismos colores se repiten en la cenefa, y el guarnecido del pouf es la misma ratina plegada en todo el largo del almohadon, con cordon y borlas de seda y lana en los colores del bordado.

11 Á 13 Y 46. ALMOHADON DE TEJIDO ANUDADO (MACRAMÉ.)

Materiales: bramante gris oscuro muy fino, tela de emba-

lar, estopa, tela de tapizar de cualquier color, aguja de embalar.

Este modelo puede ser reproducido por cualquiera de nuestras lectoras sin necesidad de tapicero: se cortan dos círculos de tela de embalar, de 28 y 33 cents. de circunferencia, y una tira al hilo de 9 cents. de anchura por 81 de larga: esta tira, cosida al rededor de los dos círculos, forma un saco redondo que se rellena de estopa ó verde vegetal, cubriendo despues la parte superior de una tela cualquiera de tapizar, que sirve de trasparente al calado de nudos, que ofrece con entera claridad el núm. 13, y emplea cabos de bramante de 130 á 140 cents. de largo. Estas hebras aconsejamos á nuestras lectoras devanarlas en lanzaderas para que no se enreden al trabajar con ellas, repitiéndose el dibujo en listas como indica el grabado. Cualquiera de los flecos núms. 11 ó 12 pegados al fondo mismo, completan la cubierta del almohadon.

14 Á 16. CORSÉS.

El núm. 14 es un corsé con almohadillas y nesgas desiguales para cuerpos irregulares, hecho en moiré azul con pespuntos de seda blanca. Lleva almohadilla para una cadera más baja que la otra, y una plancha de hierro entre dos telas para una paletilla demasiado pronunciada, con ligera almohadilla de seda debajo para que no lastime.

El núm. 15 es un corsé que ademas de la trencilla que ajusta por detras, lleva otras en las caderas y está destinado á personas gruesas, que pueden fácilmente darle elasticidad por estas trencillas.

El núm. 16 es un corsé faja, con una cintura en la parte anterior que completa el largo del corsé y se abrocha con trencilla en el centro: va sólo unida al corsé por los costados, y dos corchetes grandes la impiden subir del sitio que le corresponde.

17 Y 18. DELANTAL-BLUSA PARA NIÑO.

Este delantal puede hacerse en batista ó nanzouk, y el adorno es un entredos bordado á la cruz, y una guarnicion bordada que rodean el escote, bajan por delante figurando abertura y guarnecen el bordado de abajo y manga.

20 Y 21. CUELLOS Y PUÑOS CON ENCAJE BRETON.

La forma del cuello núm. 20 es la conocida, completándose con una gola plegada de encaje breton que se repite al rededor de los puños, de holanda, con pespuntos, lo mismo que el cuello.

El núm. 21 es un puño ancho, al que va pegado por la parte superior un encaje breton en forma de gola y por la inferior dos órdenes de encaje ligeramente fruncido y cerrando con lazo por delante. Tres órdenes de encaje en la misma forma se repiten en los puños.

22 Á 24. CANASTILLA CON CUBIERTA BORDADA.

La canastilla, de junco laqueado, de 14 cents. de altura por 30 de largo y 22 de ancho, lleva una cubierta de tela gris, de 23 cents. de costado, forrada de seda verde musgo, como la parte interior de la canastilla, y va adornada con galones bordados con seda de Argel, de color, separados por tiras caladas, bordadas con seda gris (véase el grab. 23), para el que se sacan 12 hilos. El grabado 24 da el bordado á la cruz para los galones, ejecutado encima de la misma tela. Una franja de seda gris con borlas de varios colores rodea la cubierta.

25 Y 26. ZAPATOS DE MODA.

25. *Zapato Moliere con pata abrochada.*—Es de mucha solidez y comodidad al mismo tiempo, siendo propio para paseo y para el campo. Le adornan botones y lazo de raso.

26. *Zapato Moliere con lazo y hebilla.*—Es de cabritilla, adornado con hebilla de acero y lazo de terciopelo ó de cinta y encaje.

29. TRASPARENTE DE FLORES DISECADAS.

Sus dimensiones deben guardar proporcion con las de la ventana, siendo la montura de junco laqueado marron, y el marco interior de junco más claro. El centro se compone de dos planchas de cristal, entre las cuales

se pegan con goma arábica flores disecadas, hierbecillas y musgo, dispuestos en ramos ó guirnaldas.

30 Y 31. DELANTALES.

30. Está adornado con bordados sobre tul. El mismo patron del delantal núm. 31 servirá para éste, cortándole un poco más corto y añadiéndole un volante de 12 á 16 cents. de ancho. El plaston consiste en dos patas separadas y unidas con una tira de 5 cents. Un entredos calado y una puntilla bordada en tul y sujeta con un bies de la tela completan su adorno.

31. Es de nanzouk con bordados á la cruz. El patron se halla en el pliego del 18 por el revers, núm. VII, figuras 47 á 49. Las patas, cortadas en correspondencia con el plaston para alargar el delantal, que sube hasta los hombros, en donde queda sujeto con un lazo, le da una forma sumamente nueva y graciosa. Se corta por las figs. 47 á 49 del pliego. La cintura, de tela doble, figura 48, une el plaston al delantal. Una tira bordada á la cruz y volantes fruncidos, guarnecidos de puntillas, constituyen su adorno.

32 Á 34. BOTONES DE MODA.

Estos lindos modelos sirven para adornar confecciones y vestidos, siendo respectivamente de acero, de nácar y esmaltados.

35, 36, 44 Y 45. MODELOS DE EL CORREO ANTERIOR.

El 35 representa el vestido núm. 15 de EL CORREO anterior, visto por la espalda; el 36, el paletot núm. 20; el 44 el vestido núm. 11 por la espalda; y el 45 la del núm. 12.

37. MANGA PARA VESTIDO.

Es una manga graciosa y sencilla al mismo tiempo, propia para vestidos de poca pretension

38 Á 41. TRAJES DE VERANO.

38. *Vestido con polonesa-paletot y falda drapeada.*—Es de percal color crudo y percal granate, realizado con un bordado ligero de colores vivos. La drapería de la túnica, cortada al bies, se guarnece del mismo modo, así como el chaleco y las mangas. Ademas de los bieses que adornan la polonesa-paletot, lleva plissés de tela cruda con vivo granate y botones dorados.

39. *Vestido con chaleco.*—Es de tela lisa y á rayas, lanilla ó cretona, guarnecido de entredoses y puntillas de encaje breton.

40 y 41. *Vestido para campo y viaje.*—Le recomendamos especialmente para vestido de viaje por su extrema sencillez, aunque es muy elegante. Se puede hacer de la tela que se quiera, cruda ó azul, en cretona ó beige, con guarniciones bordadas en la tela, pero de otro color. Los grabados 40 y 41 representan el mismo traje, pero con otros adornos.

La polonesa, ajustada bajo el cuello vuelto, y en el talle por el cinturón, abre sobre un chaleco bordado á cadeneta, igualmente que el cuello, la cintura y las carteras de las mangas con azul claro y crema sobre fondo azul oscuro para el núm. 41.

El vestido núm. 40 está bordado á la cruz y punto de contorno con lanas de diferentes colores. Para estos vestidos pueden utilizarse los botones 32 á 34.

42 Y 43. CUELLOS PARA NIÑOS.

(Patron: pliego del 18 por el revers, núms. XI y XII, figuras 61 y 62.)

42. *Cuello marinero bordado en blanco.*—(Patron número XI.)

El adorno de este modelo, de batista fina, forrado de shirting, consiste en una cenefa de 2 cents. de ancho y entredos de 1 l[í]n. Una tira de un cent. de ancho, que termina con boton y ojal, rodea el escote.

43. *Cuello bordado en color.* (Patron núm. XII.)—Se corta de gasa, disponiendo sobre ésta bieses de batista de color, bordados á la cruz, alternando con entredoses de encaje. Una tira bordada de color orilla el cuello. Todos los adornos van sujetos con galones pespunteados. La gasa está recortada debajo de los entredoses y puntilla.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



EL MES DE JUNIO.

La naturaleza, obrera infatigable durante los meses que precedieron, halla al fin coronados los esfuerzos de su eterna y prodigiosa actividad al empezar á rendir al hombre en este mes el término de toda vegetacion; y el hombre, fiel imitador de la madre naturaleza, á la que aplica y consagra incesantemente sus conocimientos y su trabajo, comienza tambien á ver colmados sus afanes con la recoleccion de los frutos.

Llega el sol al signo *Cáncer* del Zodiaco, verificándose el primer solsticio del año. Toca entonces la tierra el punto de su órbita más distante del sol y recibe sus rayos más intensa y directamente que nunca; verificándose entonces en nuestro hemisferio el día más largo y la noche de todo el año, realizándose todo lo opuesto en el hemisferio austral.

La espléndida luz que nos alumbra, el color de los cielos más bello y dulcemente matizado que nunca, los aromas copiosamente esparcidos en la atmósfera, el rumor de las aves que cantan alegremente en las espesuras y de los rebaños que seestean en los prados, las sombras cada vez más dilatadas que se desprenden de las frondosas copas de los árboles, toda esta fertilidad y animacion en la tierra, toda esta esplendidez y magnificencia en el espacio derraman por todas partes embriagadora poesía, y el mundo nos parece trasunto de eden perdido.

Fijemos un instante la atencion en ese árbol arrogante que nos presta apacible sombra, en esa planta delicada que nos regala suavísimas esencias, en ese vegetal digno de nuestro más asiduo cuidado que adorna y embellece nuestros paseos, que templá las estaciones, que nos sirve de alimento, que purifica el aire de nuestras ciudades, que nos rinde materiales mil para la medicina y las industrias, que es, en fin, el punto intermedio entre la materia bruta y el hombre, como es el ángel la nota intermedia en la escala que une la naturaleza humana con la Divina. No observemos su verde follaje, ni sus hermosas flores, próximas ya á desprenderse agostadas, mas no sin deponer ántes las semillas que encierran en el fondo de su ovario. Fijémonos en todo su conjunto. No hace aún un año era tan sólo un vástago, ó una planta ó una semilla; hoy es ya un sér lozano y vigoroso, engalanado de flores y cargado de frutos. La naturaleza acumuló en torno de aquel gérmen y luego de aquel sér jóven ciertas sustancias que, flotando en los aires ó disueltas en las aguas, fueron absorbidas por órganos apropiados del vegetal. Tales sustancias, modificadas por agentes físicos y químicos, constituyeron la *sávía*, esto es, la sangre de los organismos vegetales, el vehículo que lleva el crecimiento á cada una de sus partes, que efectúa la nutricion, que engendra la vida.

Al traves de las capas leñosas, por los vasos linfáticos y los de la masa celular del tallo, verifica la *sávía* su marcha ascendente hasta llegar á las extremidades todas del vegetal, para emprender entonces el descenso por la porcion vegetante del tallo hasta el nudo vital. La porosidad del vegetal, su exposicion á la luz y á una temperatura de 8 á 20 grados, y la existencia de abundante electricidad en la atmósfera, son condiciones que favorecen en extremo la circulacion de la *sávía*.

Pero la *sávía* descendente no es de igual naturaleza que la ascendente. Toca ésta en el término de su carrera, repartiendo los elementos nutritivos de la planta; por una especial reaccion química pierde cierta cantidad de agua supérflua, y al descender, es ya, como nuestra sangre venosa, incapaz de nutrir y regenerar. Ofre-

ce entonces un colorido blanquecino, amarillento ó parduzco, y varía su consistencia entre láctea y resinosa.

De este modo asegura el vegetal su existencia y de este modo llega á adquirir á veces dimensiones considerables que parecen fabulosas, y á conseguir una longevidad que se cuenta á veces por siglos.

Parecería, ante hecho tan sorprendente, que el hombre está ménos favorecido en su existencia orgánica que el vegetal, que la materia que constituye nuestro cuerpo es más frágil y perecedera que la que se condensa en el organismo de una planta, si la ciencia no tuviera cumplidamente demostrada la simplicidad de la materia, igual en esencia en todos los seres, aunque manifestada en distintas formas, y si la observación no nos confirmara en que todo tiende y coadyuva á la conservación del hombre sobre el planeta, dentro de los límites temporales, asignados á la especie.

Desde el repugnante anélido que aplastamos con nuestra planta hasta el águila real que se eleva magestuosa en los espacios, desde la humilde hierbecilla que crece descuidadamente en los incultos campos hasta el delicado frutal exótico que conservamos esmeradamente en la templada estufa; desde el menudo grano de sílice que forma el arenoso lecho del río hasta el tallado diamante, cuyas lípidas facetas deslumbran nuestros ojos y avivan nuestra codicia, ¿qué habrá en la naturaleza, siguiendo paso á paso las largas gradaciones de sus tres reinos, que no esté puesto al servicio del hombre, ya para proveer á sus necesidades nutritivas, ora para favorecerle en su desenvolvimiento físico, bien para estimularle en su engrandecimiento social?

Como el pensamiento nos tiene eternamente ligados á Dios, la materia nos tiene estrechamente ligados á todo el Universo. De él recibimos de continuo los materiales precisos á nuestro sosten cuando vivimos, y á él devolvemos nuestros despojos cuando morimos; todos nuestros órganos y tejidos, todos nuestros sólidos y líquidos se convierten en ácido carbónico, amoníaco y agua, que van al aire, azufre, fósforo, cal, sodio, y magnesia, etc., que pasan al terreno para ser arrastrados, disueltos en la humedad, á nutrir los vegetales que han de servir en un último término de alimento á otros seres organizados.

La muerte, esa ley ineludible de toda materia viva, ese trágico desenlace de nuestra efímera existencia, no es en realidad sino una sabia disposición por la cual se renueva y rejuvenece diariamente cuanto sobre el mundo existe. La muerte no es la desaparición, el aniquilamiento de la materia, es tan sólo una trasformación de las sustancias.

Podremos, pues, negar la intempesicosis de las almas, pero no podemos dudar de la metamorfosis de los cuerpos.

¿Y qué es, á la verdad, nuestro organismo, qué nuestro cuerpo, sino un verdadero microcosmo ó pequeño mundo donde se reasumen y compendian todos esos admirables fenómenos de la organización y de la vida universal, toda esa fecunda y asombrosa variedad de manifestaciones en que la materia se nos muestra en el Universo, ya nadando en átomos impalpables en el espacio, ya constituyendo las moles gigantescas de las montañas y de las rocas, ya circulando por los profundos lechos de los ríos, verdaderas arterias que extienden las aguas de la vida por toda la redondez de la tierra?

Igual es el oxígeno, que en abundantes exhalaciones se desprende de las hojas de las plantas acariciadas por los besos de la luz, que el oxígeno que colorea la sangre de nuestras venas en las ténues celdillas de los pulmones. Iguales son el hierro de los filones subterráneos y el azufre que en torrentes de lava vomitan los horrosos volcanes que el hierro de nuestros glóbulos sanguíneos y el azufre abundantemente repartido en los tejidos, en los huesos y en los jugos de nuestra economía. Esas sales que amargan las aguas de los mares son idénticas á las que se hallan en algunos líquidos de nuestras glándulas; y esa cal y fosfato de cal que petrifican las montañas trasformándolas en rocas, que sirven de abono á los campos, que aseguran la solidez y belleza de nuestros edificios, son iguales á la cal y fosfato de cal que se deposita en la blanda masa de nuestros huesos en la infancia, prestando solidez y fortaleza á esos cimientos del admirable edificio humano. Esa electricidad, en fin, que salta en el relámpago de las tormentas y lleva velozmente nuestro pensamiento y nuestra voz á lo largo

de alambre telegráfico y telefónico y archiva nuestra palabra en el seno maravilloso del fonógrafo, y ese fósforo que tan espléndidos horizontes ha iluminado para la industria y el comercio, son idénticos á la electricidad que conmueve nuestros nervios y al fósforo que de los huesos enterrados se desprende en fantásticos fuegos fatuos, é impulsados por las ráfagas del viento vagan sobre los sepulcros solitarios, como destellos de almas que vienen á visitar la mansion donde reposan los cuerpos que animaron.

Así se comprende lo que es la vida, un tráfico incesante sobre nuestro propio sér material y todo cuanto nos rodea; y así se comprende lo que es el hombre, un sér privilegiado con sus raíces en la tierra y sus esperanzas en el cielo, y en torno del cual giran todas las cosas subordinadas al poder de su inteligencia, como giran todos los astros en torno del sol sometidos al poder de la gravitación universal.

Pero el mes de Junio avanza hácia su término. Al influjo del solsticio la circulación de la savia ha adquirido gran vigor, y en los árboles y arbustos aparece el segundo brote.

Las tormentas que á fines de este mes suelen desencadenarse y los vientos del N. que á veces reinan, hacen descender algo su temperatura; mas no tanto que no busquemos en el uso inmoderado de los helados y los baños y en el tránsito brusco de una temperatura calorosa á otra fresca dulce templanza á los rigores estivales; graves imprudencias que unidas al consumo de frutas y legumbres sin la debida sazón, dan lugar á afecciones peligrosas de las vías gástricas.

De aquí que el mes de Junio, uno de los más sanos del año, se trueque por nuestra intemperancia en uno de los más fecundos en enfermedades.

EDUARDO PASCUAL Y CUÉLLAR.

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE LA REINA DE ESPAÑA DOÑA MERCEDES.

Se adormió en la risueña primavera
bajo un dosel de mirtos y de rosas,
escuchando las notas cadenciosas
que exhala amante la terrestre esfera.

Cerró el libro en la página primera,
absorta en contemplar las afanosas
crisálidas tornarse mariposas
y al espacio subir. ¡Oh quien nos diera
su dulce despertar en las alturas!
El Anciano, tormento de las almas,
no tronchará las flores á su paso:
no cubrirá de negras sepulturas
el verjel ya desierto... ¡Batid palmas,
que su aurora feliz no tuvo ocaso!

ANGELA GRASSI.

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA JUANA MEDINILLA Y OROZCO Y CONTRERAS

No dudes, amiga mía,
de lo grato que me fuera
poner aquí algunos versos
puesto que tú lo deseas;
pero me asalta la duda,
conociendo tú modestia,
de que acaso en mis palabras
puedas hallar una ofensa
si á la verdad rindo culto
diciendo que eres muy bella;
y si después, imitando
lo que escriben los poetas,
comparo tus blancos dientes
á las nacaradas perlas,
y digo que arde en sus ojos
más fuego que hay en el Etna,
y que tus negros cabellos
coronan tu frente tersa,
ó adorno son de tu rostro
cuando en descuidada trenza,
sin el primor del peinado,
su propio primor ostentan;
y... deténgase la pluma,

porque jamás concluyera
si aquí decir intentase
lo que inspira tu belleza,
lo que se lee en tu sonrisa,
lo que tus ojos revelan,
lo que palpita en tus labios,
lo que al mirarte se sueña,
lo que... me callo y termino;
y conste que mi prudencia
ha respetado sumisa
los fueros de tu modestia,
pues todo lo que te dije
guarda la forma hipotética,
de ser lo que te diría,
si yo en tu álbum escribiera,
y como esto no sucede,
de lo dicho nada queda.

LUIS VIDART.

Madrid 10 de Abril de 1879.

EL SEÑOR DE LA LEVITA POR JOSÉ MARÍA CUENCA.

XLVIII.

Jacobo continuaba enfermo de mucha gravedad.

Cuantos remedios habian empleado para combatir la congestión habian sido ineficaces, y el médico que le asistía pronosticaba un derrame seroso que pondría en mucho peligro su existencia.

Doña María estaba también bastante delicada, temiendo que quedar la mayor parte de los días en cama.

Isabel, animosa y tranquila en la apariencia, cuidaba con solícito afán los dos enfermos, ocultando á su madre el estado de Jacobo.

Dios habia concedido á Isabel un dominio prodigioso sobre sí misma para sobrellevar las penas morales y una fuerza extraordinaria para resistir las fatigas físicas.

De día, de noche, á cualquier hora se la veía andar de un lado á otro, dando por su mano la medicina á los enfermos y administrándoles los remedios que ordenaba el médico, sin abatirse, sin cansarse, sin quejarse ni murmurar de su desgraciada suerte.

Juana decía que ignoraba cuándo su señorita dormía ó descansaba.

Pero con Jacobo todos los cuidados eran inútiles; su enfermedad se agravaba de día en día.

El médico habia empleado ya remedios heroicos para sacarle del estado de postración en que se hallaba, sin haber alcanzado resultado alguno satisfactorio: las grandes posturas de sanguijuelas en la nuca, las sangrías, la nieve en la cabeza, los sinapismos en la columna dorsal y hasta las moxas.

—Es preciso que tenga una consulta con otros facultativos,—dijo un día el médico á Isabel.—Quiero saber, para mi tranquilidad, si me he equivocado en el tratamiento que sigo con su hermano de V.

—Mi hermano está de mucho peligro,—preguntó Isabel.—¿No es verdad?

Y como el médico titubease en contestar, añadió:

—Sea V. franco conmigo; tengo valor. Y sobre todo, mejor es que lo sepa para estar prevenida.

—Me parece que está grave,—dijo el médico.—El sistema nervioso se halla profundamente alterado; el cerebro debe haber padecido mucho... ¡y como su padr murió de un ataque apoplético!...

—Usted cree...

—Advierto en su rostro ciertos síntomas que no me gustan... Esa tirantez de las facciones superiores hácia la frente... la fijeza de la mirada... en fin, temo un derrame seroso.

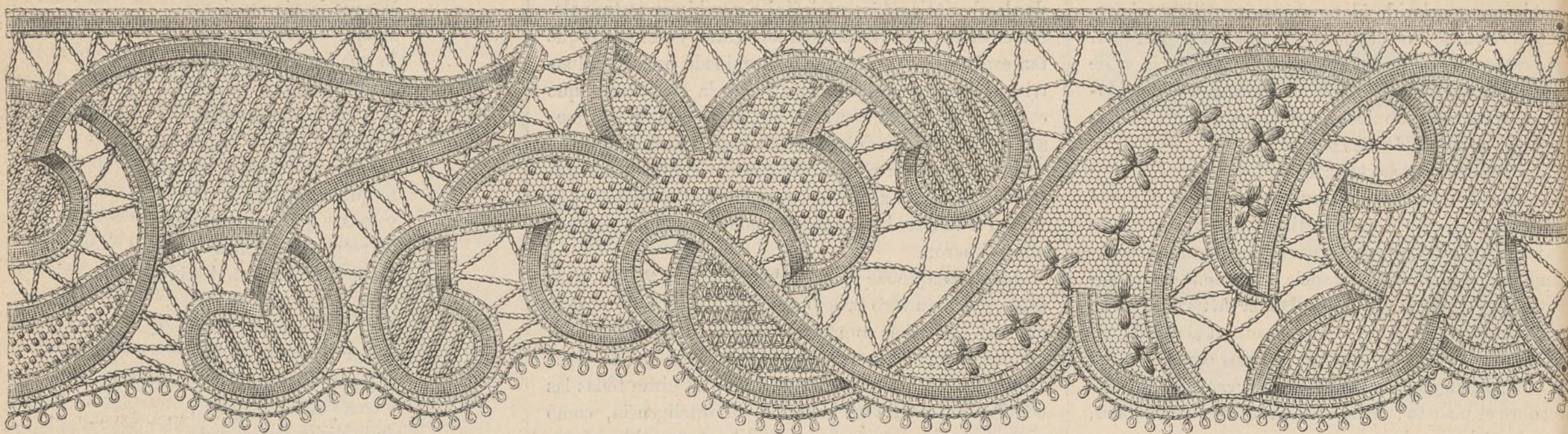
—Es decir... la muerte,—exclamó Isabel.

El médico bajó la cabeza y calló.

—¿Cómo ha de ser!—prosiguió Isabel conteniendo sus sollozos.—Temo á mi pobre madre... ¡Cómo se lo digo!... Le costará la vida.

—No está todo perdido,—dijo el médico tratando de consolarla.—Mientras el alma esté en el cuerpo hay esperanza. Lucharemos hasta el último momento.

—Llame V. á todos los médicos que quiera,—continuó Isabel,—yo no conozco ninguno... ¡Pobre Jacobo!...



6. Encaje para el colchoncillo núm. 8. Labor de encaje irlandés.

—Esta misma tarde tendremos la consulta,—dijo el médico;—no se puede perder tiempo.
Y se marchó.

—¿Qué te ha dicho el médico?—preguntó doña María á Isabel desde la cama.—¿Por qué hablábais en voz

por Dios... Yo no sé qué hago aquí siempre en esta cama... date prisa...

—Vamos, sé razonable;—dijo Isabel besando y acariciando á su madre;—te aseguro que no hay ningún peligro... ¡Si lo hubiera, crees que estaria yo tan tranquila!... La consulta es una precaucion y nada más. El médico quiere saber si se ha equivocado en el tratamiento de la enfermedad.

—Me engañas, hija mia, lo conozco... Pero de todos modos yo no puedo consentir por más tiempo que trabajes tanto... Hace ocho dias que no te has desnudado... Yo estoy mejor... estoy buena, buena, créelo, y voy á levantarme... Dame mi ropa, Isabel... no te detengas... así te ayudaré... Entre las dos cuidaremos al pobre Ja-



8 y 9. Colchoncillo y almohada cubiertas de encaje inglés, para llevar un niño á cristianar. (Véanse los núms. 6 y 7.)

cobo... Aquí me devano los sesos cavilando, cavilando; me voy á volver loca... No sé qué vamos á hacer... ¡qué gasto llevamos!... Tenemos que despedir á Juana; yo me meteré en la cocina... tú tienes que bordar... no tenemos más recursos que tu aguja mientras Jacobo esté malo... Yo me ocuparé de las faenas de la casa... estoy ágil todavía, y puedo salir y entrar... Dame mi ropa, Isabel; dámela pronto por Dios...

—Tranquilízate, madre querida, tranquilízate;—exclamó Isabel asustada, conociendo que su madre comenzaba á delirar;—nuestros recursos no están tan agotados como te figuras. Todavía tenemos treinta duros, y antes que se concluyan ya nos habrá abierto camino la Providencia... ¡Qué has hecho de aquella gran confianza que has tenido siempre en la Providencia!... Mira cómo se ha portado Martínez, el director de *La Crónica de España*: nos ha mandado la mensualidad de Jacobo, diciéndonos que nos la continuará mandando mientras Jacobo esté enfermo. Del teatro del Príncipe nos han remitido también cuarenta duros de los derechos de aquel desgraciado drama; el médico se niega á percibir honorarios por tu asistencia y la de Jacobo, porque ha sido discípulo de mi padre... Ya ves cómo Dios y la Virgen de los Remedios no nos abandonan en nuestro conflicto. Son dias de prueba que hay que sufrir con resignacion... ¡Estaria bien que tú, tan resignada siempre, te abatieras ahora de ese modo!... Me disgusta oírte decir esas cosas... Quédate hoy en la cama como te ha mandado el médico; tienes un poco de fiebre todavía; mañana te levantarás... Voy á darte la medicina que ha dejado prevenida y despues á mudar los sinapismos á Jacobo.

—Bien, hija mia; me quedaré hoy en la cama si te empeñas; pero venme á contar todo lo que los médicos digan... Esa consulta me inquieta mucho, mucho, no lo puedo remediar.

—No tengas cuidado,—dijo Isabel saliendo de la alcoba,—vendré á darte cuenta de todo.

XLIX.

El médico envió á decir á Isabel que



7. Cubierta de encaje irlandés, para el colchoncillo núm. 8.

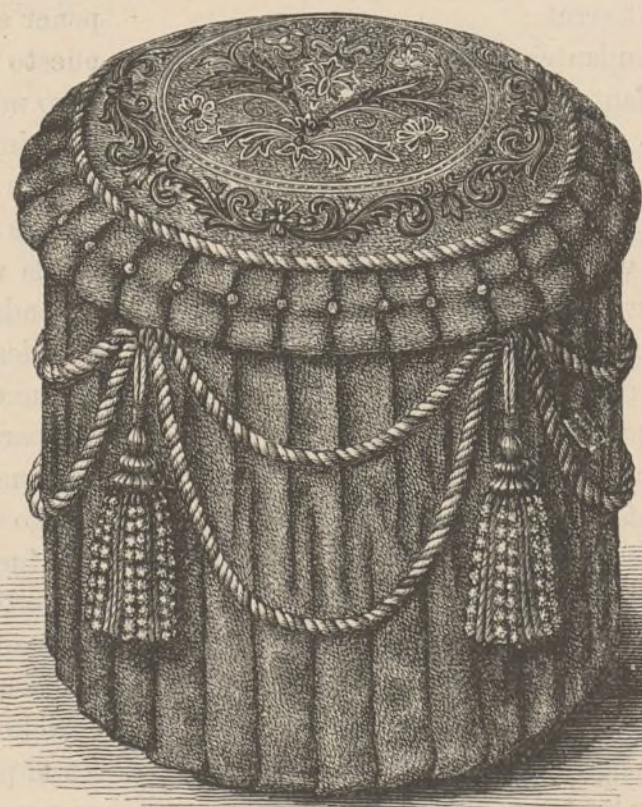
baja?... ¿Está peor Jacobo?... Respóndeme pronto por Dios, hija mia.

—Peor, no... Sigue lo mismo, muy delicado...

—¿Pero qué dice el médico?... ¡Si no le entenderá la enfermedad!...

—El médico quiere tener una consulta...

—¿Consulta!... entonces Jacobo está peor... está muy malo... Las consultas no se tienen en casa de los enfermos pobres como nosotros sino en casos desesperados... Me lo decia el corazon cuando os oia hablar en secreto... Algo grave sucede... El corazon de una madre no se engaña... Quiero vestirme... quiero levantarme, Isabel; dame mi ropa, te lo suplico



10. Almohadon-pouf bordado de colores.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Nº 543

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



11. FL

la consu
Pocos
ya habia
para la c
señorita
por ella.

Isabel

ballero d

Era A

Doña

en acecho

que suce

dia en l

vecindad

habia vis

to á Al-

berto su

bir al

crarto

principal

pero no

habia oí

cerrar l

puerta.

— ¡Y

he de s

ber lo q

hacen !

murmur

aguijona

da por

curiosid

Y por

comenzó

muy des

en cada

texto de

en la c

mantilla

Cuan

cuarto p

puerta a

avisada

Doña



23. Ce

— M

ñora...

— C

rando o

Alberto

— E

do á los

van á

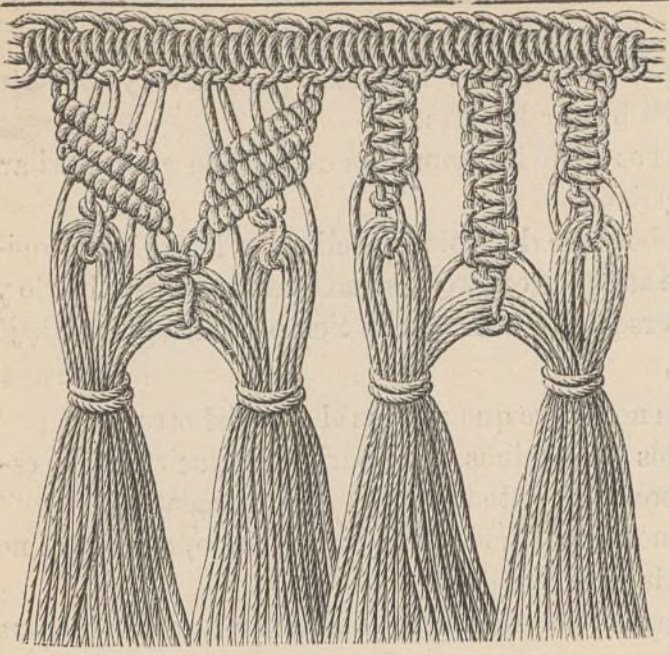
tarde u

— aña

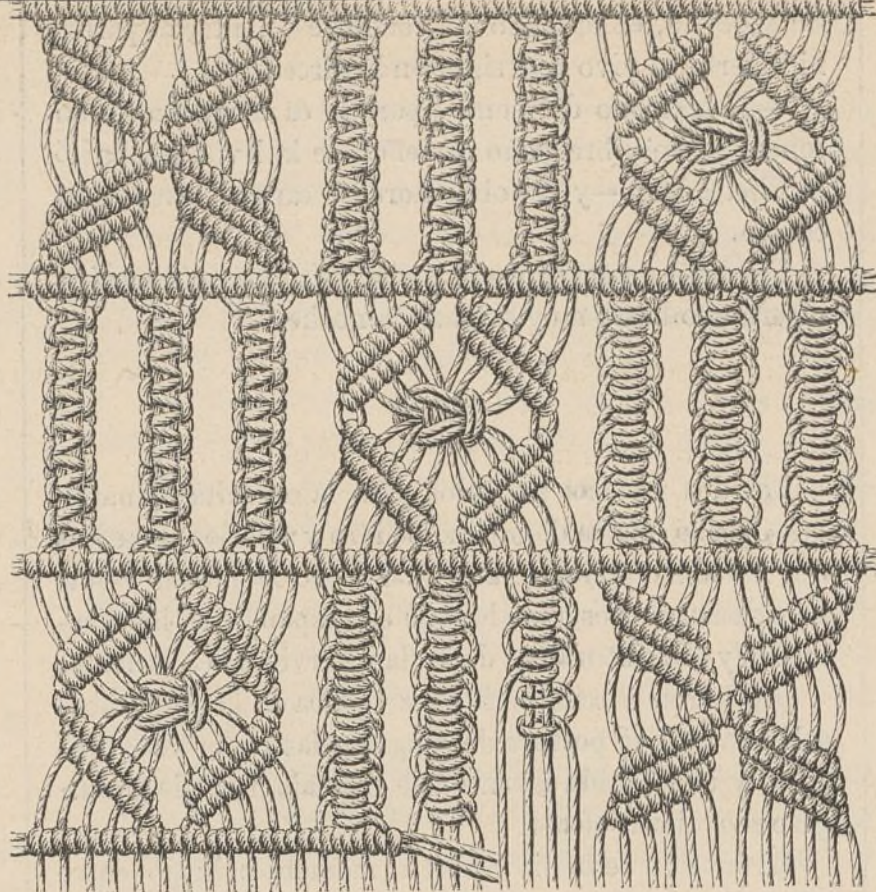
Tengo

— S

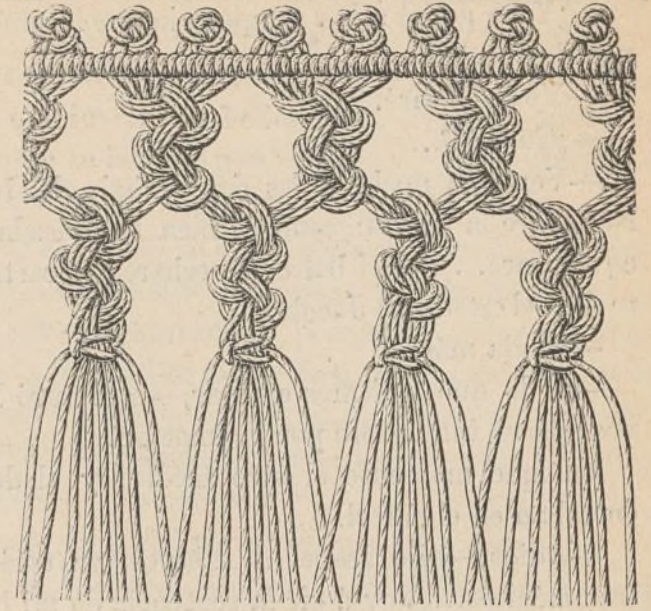
algo, p



11. Fleco anudado para el almohadon núm. 46.



13. Fondo anudado para el almohadon núm. 46.



12. Fleco para el almohadon núm. 46.

la consulta se verificaria á las cinco en punto. Pocos minutos ántes de la hora marcada, y cuando ya habia llegado uno de los facultativos llamados para la consulta, entró Juana en la sala á decir á su señorita que un caballero desconocido preguntaba por ella.

Isabel salió á ver quién era aquel caballero desconocido que la buscaba.

Era Alberto Salazar.

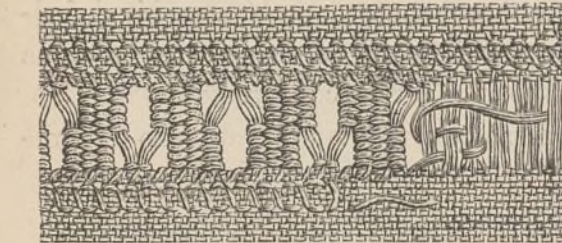
Doña Romualda, que siempre andaba en acecho para estar al corriente de lo que sucedia en la vecindad, habia visto á Alberto subir al cuarto principal, pero no habia oido cerrar la puerta.

— ¡Yo he de saber lo que hacen! — murmuró aguijona da por la curiosidad.

Y poniéndose la mantilla comenzó á bajar la escalera muy despacio, deteniéndose en cada escalon, con el pretexto de ponerse los alfileres en la cabeza para sujetar la mantilla y arreglar el velo.

Cuando llegó delante del cuarto principal encontró la puerta abierta y á Isabel que, avisada por Juana, salia al mismo tiempo.

Doña Romualda, que tenía ojos de linces, notó la emoción que experimentó Isabel al ver á Alberto, y adornando su rostro con una sonrisa hipócrita, se aproximó y dijo muy compungida: — ¡Cómo siguen los enfermos, vecina!...



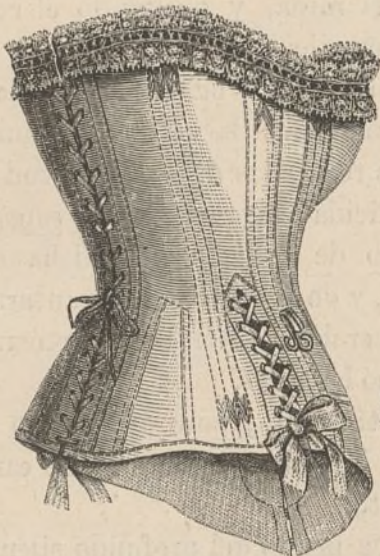
23. Cenefa calada para la cubierta núm. 22.)

— Mi madre un poco mejor; mi hermano muy mal, señora...

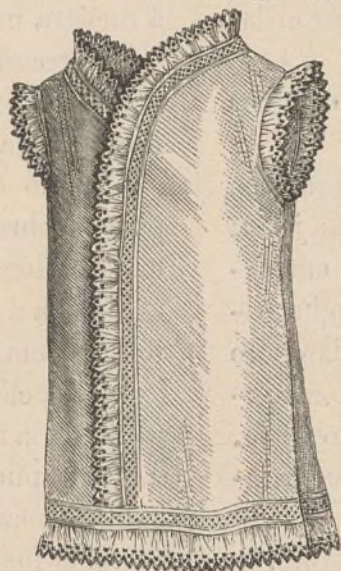
— Cuánto lo siento, — prosiguió Doña Romualda, devorando con la vista á Alberto.

— Estoy esperando á los médicos que van á celebrar esta tarde una consulta, — añadió Isabel. — Tengo mucho miedo.

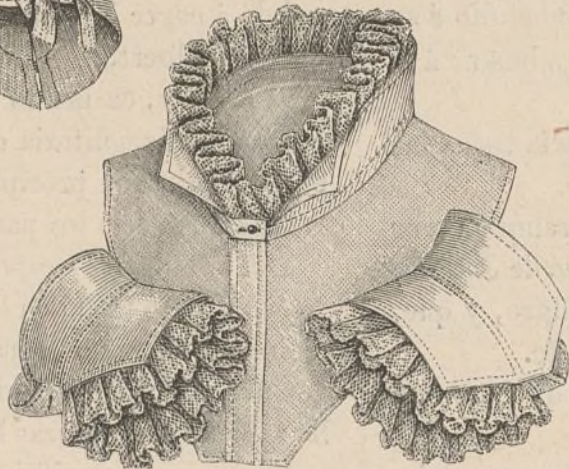
— Si sirvo para algo, puede V. ocu-



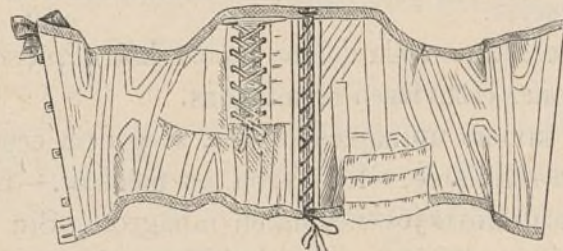
15. Corsé abrochado en las caderas.



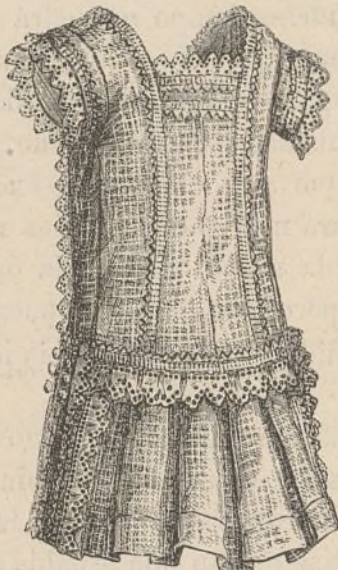
17. Delantal-blusa para niña. (Véase el núm. 18.)



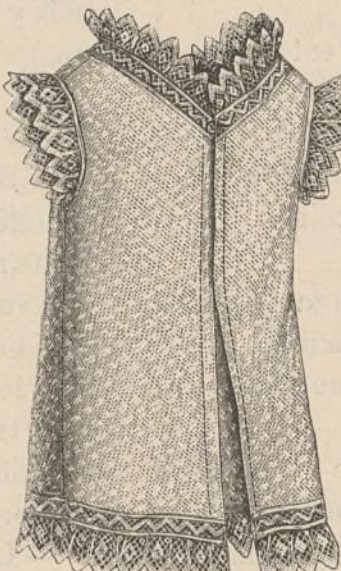
20. Cuello y puños con encaje breton.



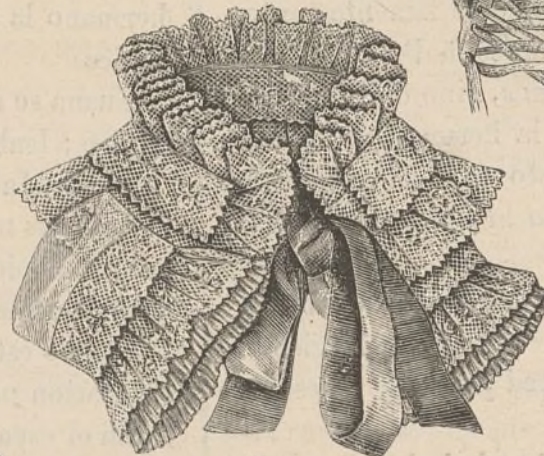
14. Corsé con almohadillas para cuerpos irregulares.



19. Vestido para niño. (Véase el núm. 3 del CORREO anterior.)



18. Espalda del delantal núm. 17



16. Corsé-faja.

mucho peligro; mi madre tambien está en la cama bastante mala... Desde que pasastes por aquí han sucedido muchas desgracias.

— Mañana sin falta debia marcharme á Irun, donde mi presencia es necesaria para concluir este asunto que me ha hecho pasar á Sevilla, y que es muy importante, pero todo lo abandono y me quedo en Madrid, — dijo Alberto. — Soy médico y quiero cuidar á tu madre y á Jacobo.

21. Cuello y puños con encaje breton.

— No, no, por Dios, — exclamó Isabel; — no quiero que sepan que has venido ni el objeto que te guia... bastantes tormentos tienen... Vete á Irun, Alberto, y se feliz.

— ¡Marcharme así despues de tantos dias de ansiedad por verte!...

¡Marcharme sin llevar la dulce esperanza de que serás mi esposa!...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

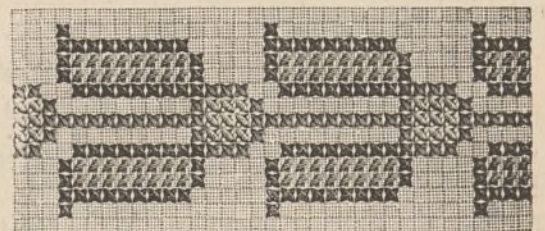
— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

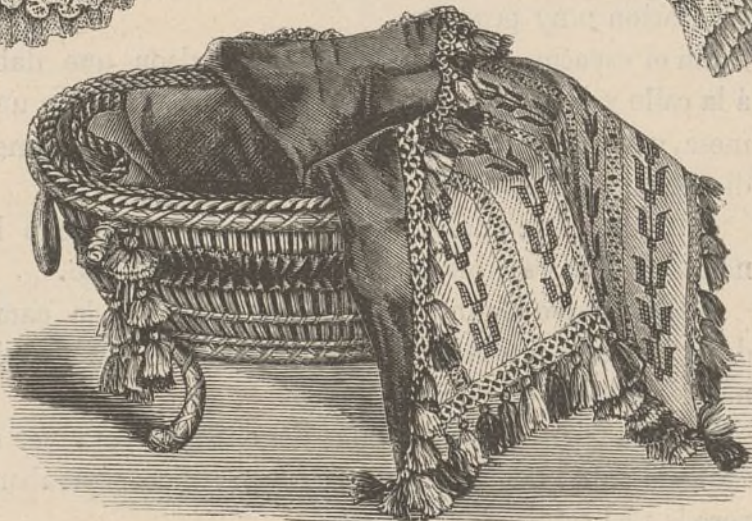
— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...

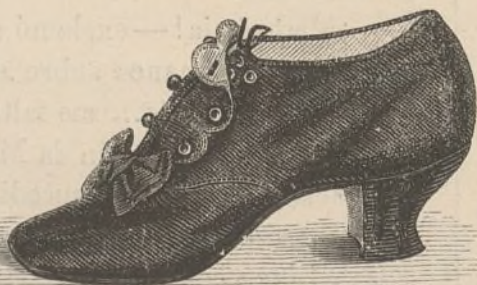
— ¡Calla, calla, Alberto! — murmuró Isabel. — Vete, por Dios...



24. Cenefa para la cubierta núm. 22. negro verde oliva salmon azul claro



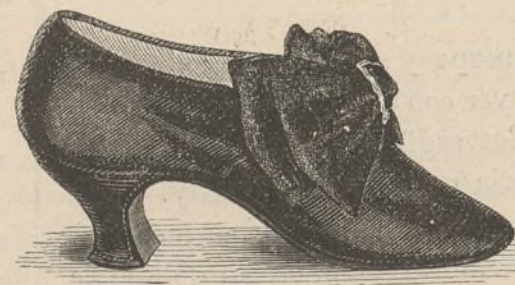
22. Canastilla con cubierta bordada. (Véanse los núms. 23 y 24.)



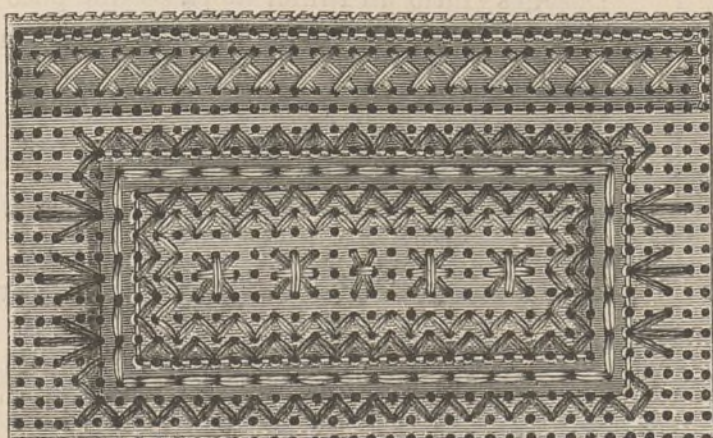
25. Zapato Moliere



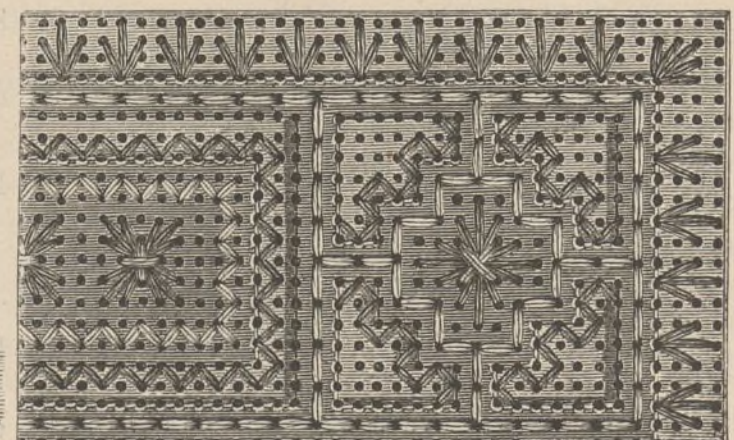
29. Trasparente de flores disecadas.



26. Zapato Moliere.



27. Bordado en papel cañamazo para el núm. 1.



28. Bordado en papel cañamazo para la caja núm. 1.

—¿Y no podré saber tampoco lo que los médicos opinan de Jacobo?...
—Yo te lo diré.

—¿Cuándo?...
—Ven esta noche á las doce debajo del balcon que hay sobre la puerta; conozco bien tus pisadas y no me equivocaré... Por el balcon te echaré una carta y en ella te diré el estado de Jacobo...

—¿Nada más?...
—Y lo que podemos esperar,—murmuró Isabel con voz apenas inteligible por la emocion.

En aquel momento el otro médico y el de cabecera entraban en el portal.

—Adios,—dijo Isabel á Alberto; ya están aquí los tres médicos... Voy á oír la sentencia de mi hermano.

Y se entró en la sala precipitadamente, no tan sólo para oír lo que los médicos decían, sino también para poner término á aquella penosa entrevista que ya iba debilitando su valor.

L.

Apénas llegó doña Romualda al patio se entró de rondón en casa de la señora Cayetana y se dejó caer en una silla, y haciendo gestos y aspavientos comenzó á decir:

—¡Qué horror!... Vengo muerta, sofocada de indignación... No espero ver más;... es ya el colmo del escándalo... de la impudencia...

—Pero, ¿qué ocurre?—preguntó la señora Cayetana algun tanto alarmada.—¿Llegó el fin del mundo!...

—Poco ménos, señora Cayetana; déjeme usted que respire...

—Respire usted todo lo que quiera que yo no se lo impido; pero desearia saber lo que le hace á usted dar esos suspiros capaces de mover las aspas á un molino de viento.

—¿Hay algun cuidado?—preguntó la ribeteadora entrando en la habitacion de la señora Cayetana.—Las he oído á ustedes dar voces... ¿Por qué se lamenta tanto, doña Romualda?... ¿Van los préstamos mal?...
—No se trata ahora de préstamos, sino de las picardías de la hipocritona de Isabel, la hermana del señor de la levita... Si no lo hubiera visto no lo habria creído nunca, á pesar de que sé muy bien lo perversa que es la tal señorita.

—¿Pero qué ha visto usted, señora?—dijo la ribeteadora, que tenía la sangre algo viva.—Senos está haciendo ya la masa vinagre... Hable usted pronto y déjese de tantos preámbulos.

—Ya saben ustedes que el señor de la levita está si las lia ó no las lia...

—Lo sabemos,—dijeron la señora Cayetana y la ribeteadora á coro.—Si lo hubieran llevado al hospital ya estaria bueno y sano.

—Esta tarde hay junta de médicos.

—Ya lo sabemos también por Juana... Adelante.

—Pues bien... ¡pásmense ustedes!... mientras los médicos están pronosticando cuántos días de vida le quedan al señor de la levita, la Isabelita está gastando chicleos y haciendo arrumacos al cortejo en la puerta de la escalera.

—¿Es el cortejo ese que ha subido hace poco?—preguntó la ribeteadora.—No es mal mozo.

—Yo me habia figurado que sería médico también,—dijo la señora Cayetana.

—Es el cortejo en cuerpo y alma,—prosiguió doña Romualda. Lo acabo de ver con estos ojos que se han de comer la tierra... ¡Qué desvergüenza!... Si no me pagaran corriente ya los habria puesto en la del Rey.

—Esa gente no tiene ley ni á la camisa que lleva puesta,—exclamó la señora Cayetana.—Han de acabar malamente... ¡Yo no se cómo Juana los defiende tanto!...

—Mire usted lo que ha sucedido con el asunto de la falsificación,—dijo doña Romualda.—A mí no hay quien me quite de la cabeza que ha sido Jacobito el de la letra falsa.

—Pues ya se vé que sí,—prosiguió la ribeteadora.—¡Pero como lleva levita y la hermana ha llorado y gemitado tanto al inspector de policía que los protege!... ¡En fin!... Si hubiera sido uno de chaqueta ya estaria en presidio...

—El que hasta ahora ha pagado el pato es Lorenzo, el paisano de la del tercero,—dijo la señora Cayetana.—

Su señorito, el hermano del conde de Villalta, no parece ni muerto ni vivo y él sigue en la cárcel.

—El hermano del conde, porque es hermano de un conde, saldrá libre como el señor de la levita,—añadió la ribeteadora,—y el pobre Lorenzo cargará con el mochuelo.

Y sobre este asunto continuó el triunvirato femenino disertando hasta muy entrada la noche.

LI.

Los dos médicos llamados para la consulta opinaron que Jacobo estaba de mucho peligro y que los remedios que le habian aplicado, áun cuando no le habian resultado satisfactorios, eran los que correspondían á la enfermedad y á la naturaleza delicada y nerviosa del paciente.

Ordenaron fricciones de nuez vómica en la espina dorsal, una grande postura de sanguijuelas en la vena yugular y una bebida laxante que esperaban que le produjera muy buen efecto.

La friccion se la dió Isabel al momento; luego entre ella y Juana, que se portaba muy bien, le aplicaron las sanguijuelas.

La bebida no se la debían de dar hasta que estas dos operaciones estuviesen terminadas.

—Si tuviera un copioso sudor, se podría esperar una reaccion saludable,—le dijeron los médicos.—Es jóven y las naturalezas jóvenes hacen milagros... Sin embargo, áun cuando recobre la salud, como el cerebro ha padecido mucho y su temperamento es marcadamente nervioso, por mucho tiempo no podrá dedicarse á ningun trabajo mental, y habrá que evitarle, sobre todo, emociones y disgustos. Estas enfermedades dejan siempre profundas huellas por donde pasan.

—Lo que importa es que viva,—exclamó Isabel.—Yo trabajaré para mantenerle... Dios me dará fuerzas.

A las diez de la noche terminó la operacion de las sanguijuelas, y pocos momentos después Isabel dió á su hermano la medicina que Juana habia ido á buscar á la botica.

Juana se acostó en el comedor, como hacia todas las noches; Isabel se quedó sola en el gabinete.

Doña María descansaba un poco más tranquila por las buenas noticias que su hija le habia dado de Jacobo, asegurándole que no estaba enfermo de peligro, y que, segun los médicos, pronto estaria restablecido.

Jacobo estaba en la alcoba del gabinete, que era una habitacion muy pequeña.

En el espacio que mediaba entre el balcon que daba á la calle y la puerta que conducía á la sala habia una mesa, y sobre ella el cuadro de la Virgen de los Remedios alumbrado por una lámpara.

Enfrente de la puerta habia otra mesa con todo lo necesario para escribir, que era la mesa de Jacobo.

Isabel estuvo algunos momentos delante de la cama de su hermano observando su respiracion que parecia ménos fatigosa que de costumbre.

Tocó la frente y las megillas del enfermo para ver si aparecia aquel benéfico sudor que los médicos esperaban, pero la piel estaba áspera y seca.

Eran las once; apénas hacia tres cuartos de hora que le habia dado la medicina.

—Será demasiado pronto,—pensó;—esperaré.

Y se fué á sentar delante de la mesa de Jacobo.

Tomó papel, cogió una pluma y se dispuso á escribir á Alberto.

Era una dolorosa tarea que no sabía cómo llevar á cabo. ¡Qué iba á decirle!

También temia ponerse frente á frente con su desventura.

Muchas veces mojó la pluma en el tintero, pero la tinta se secaba en la pluma ántes de haber trazado ninguna palabra sobre el papel.

Vacilaba en comenzar su martirio; no tenía valor para desgarrarse el corazon.

Así en esta duda, en esta lucha, en esta vacilacion pasó media hora.

El reloj sonó las once y media.

Isabel se levantó y fué otra vez á ver á su hermano.

La respiracion seguia tranquila y reposada, pero la piel áspera y seca.

—¡Dios mio!—murmuró.—¡Si no le producirá ningun efecto tampoco!... Cómo ha de ser;... hágase tu voluntad.

Y fué á sentarse de nuevo delante de la mesa.

Era preciso escribir, lo habia prometido y Alberto vendria á buscar la carta.

Esta vez cogió la pluma con resolucion y sin vacilar más escribió:

«Jacobo sigue de bastante peligro y los médicos opinan que aunque recobre la salud quedará muy delicado y sin poderse dedicar en mucho tiempo á ningun trabajo mental.

«Dios no quiere que seamos el uno del otro.

«Todos los caminos que podrian conducirme á ti están interceptados, todas las puertas cerradas.

«Yo no debo abandonar á mi hermano, que ahora no tiene más amparo que el mio.

«Si guiado por tu generosidad y por tu amor insistes en ofrecermi tu mano y tu fortuna y un asilo en tu casa para mi familia, rehusaré con toda mi alma, por doloroso que me sea; sufriré toda clase de penas y torturas, ántes que exponer á Jacobo á la humillacion de verse socorrido por el esposo de su hermana.

«Si Jacobo, que es en la actualidad el único obstáculo á nuestra union, muere, tampoco podré ser tuya.

«Pareceríame siempre que habia ido al altar caminando sobre el cadáver de mi pobre hermano y sería muy desgraciada.»

Cuando terminó de escribir estas palabras dejó la pluma sobre la mesa, y ocultando el rostro entre las manos, lloró en silencio.

Amaba á Alberto, su primero, su único amor, como sólo se ama una vez en la vida; á ese amor iban unidos los más bellos recuerdos de su juventud; hubiera sido para ella la felicidad suprema ser su esposa; habia estado ya á punto de realizar esta dicha que por tanto tiempo soñara, y de repente veia levantarse entre los dos barreras insuperables, interponerse océanos inmensos.

El reloj sonó las doce.

Isabel se estremeció; pero enjugando sus lágrimas, volvió á coger la pluma y terminó su carta despidiéndose de Alberto.

A lo lejos, en medio del profundo silencio que reinaba en aquella solitaria calle, se oyeron unos pasos que se acercaban con precipitacion.

Isabel conoció los pasos de Alberto.

Dobló la carta y esperó.

Alberto no tardó en llegar delante de la puerta donde le habian dicho que esperase.

Cuando Isabel fué á levantarse del sillón donde estaba sentada, las fuerzas la abandonaron.

Era un gran sacrificio el que iba á consumir, y nadie, ni áun los espíritus más valerosos y fuertes, ven morir sus esperanzas más queridas con la certeza de que no han de renacer jamás, sin sentir acongojarse su corazon.

Pero aquella debilidad duró poco.

Hizo un esfuerzo heróico, se levantó, corrió al balcon, le abrió haciendo el menor ruido posible, arrojó la carta á la calle y volvió á cerrar con presteza.

Todas estas operaciones no habian durado dos minutos.

El sacrificio estaba consumado.

Pero cuando cerró el balcon sintió que las fuerzas le abandonaban de nuevo, y tuvo que apoyarse en la mesa que habia al lado para no caer al suelo.

Sobre aquella mesa estaba el cuadro de la Virgen de los Remedios.

—¡Madre mia!—exclamó con fervor arrodillándose y cruzando las manos sobre el pecho;—ampárame... no puedo sufrir más... me falta valor...

Y con los ojos fijos en la Madre de Dios y el oído atento escuchaba lo que sucedia en la calle.

En la calle hubo primero un gran silencio.

Isabel juzgó que Alberto leia la carta á la luz de algun reverbero.

Después sintió un rumor de pasos que poco á poco se alejaban, se alejaban llevándose, por decirlo así, á pedazos el corazon de la desventurada jóven.

Luego volvió á reinar el silencio.

Todo habia terminado.

Isabel permaneció en la misma postura algun tiempo todavía.

Pero un débil suspiro que exhaló su hermano la volvió á la realidad de la vida.

Sus penas quedaron al punto olvidadas, sus dolores mitigados; y levantándose de repente, se dirigió presurosa á la cama de Jacobo.

Allí le esperaba una inmensa alegría.

El sudor que brotaba de la cabeza de Jacobo era tan copioso, que había humedecido la almohada. El rostro lo tenía más sereno; aquella tirantez de las facciones superiores que tanto alarmaba al médico había desaparecido y dormía profundamente.

Le habían encargado que si sudaba y dormía con sosiego le dejasen tranquilo, porque aquella era la mejor medicina que podían administrarle.

Le cubrió suavemente con las sábanas para que no se le enfriase el sudor de la cabeza, y salió de la alcoba de Jacobo muy despacio, entrando de la misma manera en la de su madre.

(Se continuará.)

LA FESTIVIDAD DEL CORPUS EN VALENCIA.

Valencia, Junio 12 de 1879.

Querida Angela: Son las ocho de la mañana, día del Corpus, que en Valencia equivale á decir alegría, bullicio, agitación, vida, movimiento continuo, luz y colores; además de infinidad de valencianos que de esa corte han llegado, Barcelona y otros puntos han enviado su contingente de espectadores, ansiosos de asistir á las célebres procesiones.

Pululan por las calles inmensidad de gentes de los pueblos cercanos, y es imposible imaginar el original y pintoresco conjunto que forman con sus trajes de vivos colores, recordando los vistosos de los árabes, sus antepasados. Al oír la proverbial sonata de su tamboril y dulzaina, viendo sus tipos de pura raza, me parece que se han disfrazado aquellas pasadas generaciones con los trajes de hoy, y que sus zambras se renuevan á mis ojos continuamente. Valencia, la preciosa sultana que reclinada sobre jazmines y azahar, baña su pié de nácar en los cristales del dormido Turia, que copian su indescribible belleza, es un verdadero paraíso. ¿Y sus mujeres? ¡Sus ángeles, mejor dicho! Es fantástico, es arrebatador, enloquece ver la brillantez y claridad de sus grandes ojos negros entrevelados por pobladas pestañas y largas sedosas cejas, para sombrear, para velar en algo los ardientes rayos de sus miradas de fuego.

Valencia, cristiana, ha suavizado sus costumbres al influjo del perfume que se desprende de los pliegues del manto de la suavísima Madre de los Desamparados, su patrona. El altar de la bendita Virgen es un pedestal de flores, un verdadero jardín. ¡Qué sublime imagen la de aquella que es consuelo y refugio de las almas desoladas! ¡Qué ambiente de poesía se respira en los ámbitos de su preciosa capilla, verdadera joya de las modernas artes: coqueta, esbelta, sencilla á la par que grandiosa! ¡Apacible asilo, donde reposa el corazón sosegado; dulce remanso del borrascoso mar que le agita en sus revueltas é incansables olas! En los muros de esa capilla sacrosanta, en esa nueva arca se estrellan las ondas turbulentas de las pasiones: recuerdos, deseos y dolores. Angela mia, es un oasis la pequeña isleta donde encallada la barca en su arenoso seno, goza la calma en

ambientes de dulce paz, verdadera paloma que en esperanzas vierte á nuestros piés ramos de olivo.

Salgamos de la capilla ya, es Corpus. La gran plaza de la Constitución, ó de la Virgen, que es el verdadero nombre tradicional, por más que las épocas y circunstancias hayan variado muchas veces su nombre; está llena de un bullicioso é inmenso gentío: en el centro, su graciosa fuente, vierte hilos de perlas y esparce su frescura por los aires saturados de perfumes.

Músicas, flores, gigantes y las célebres Rocas... ¿Qué son las Rocas? me preguntará, sin duda, Angela mia.

Pues bien: Rocas quiere decir preciosidades de tradición. La Roca de San Miguel, en forma de grande carroza, lo mismo que las demás, ostenta los símbolos del hermoso arcángel, alegoría de su victoria contra Luzbel. Construida en 1535, fué renovada en 1867, con motivo del segundo centenario de la Virgen de los Desamparados.

La célebre Roca, llamada diablesa por el pueblo, que representa á Satán acompañado de los siete pecados capitales, cuya construcción data de 1542, lo mismo que las restantes; la de San Vicente, Adán y Eva en el Paraíso y otras alegorías, todas ellas renovadas en 1867 por el ya dicho motivo.

Insuficiente es el espacio de una carta, y el tiempo apremiante para contarte, Angela querida, todas las maravillas de esta fiesta popular, todas las sensaciones que he experimentado, tanto al asistir á la magnífica procesion, como dentro de la capilla de la Virgen. ¡Ay! todas no son alegrías en esta vida, y el placer y el dolor van tan enlazados, que forman una cosa misma. Al ver á los dos niños que cobija con su manto la Madre de los Desamparados, he recordado á mis hijos, á los adorados pedacitos de mi corazón, muertos ó ausentes. ¡Cuán dulces recuerdos encierra para mí la encantadora Valencia! Aquí han nacido los ángeles de mi vida; aquí vine yo niña, aquí hallé el hermoso nido de mis inocentes placeres; más tarde, de mis amores; su tierra benigna y perfumada, da reposo á los dos niños que perdí, y cuyo sueño eterno vela la Virgen de los Desamparados. Los otros dos, ya gallardos mancebos, están bajo la protección de la misma piadosa Virgen, que cuida de ellos con las diferentes advocaciones de la Fuencisla y la Paloma, en esa histórica tierra de Castilla.

¡Valencia! sé bendita, como te bendicen cuantos han tenido la fortuna de verte y habitar en tu recinto, que es un trasunto del cielo.

LUISA DURÁN DE LEÓN.

CORRESPONDENCIA.

Carolina.—Hay dos modos, igualmente graciosos, de utilizar los medios pañuelos de encaje. El uno consiste en replegar el borde superior tanto como se pueda para reducir su grandor, y se lleva como fichú, anudando las puntas por delante; el otro consiste en formar una especie de chal: se repliega la punta tanto como se pueda, sujetándola atrás y en los hombros con un lazo; otro lazo la cierra por delante, y pasando las puntas por debajo de los brazos, se anudan atrás

Junto á mis sauces.—Un caballero no va nunca á visitar á una señora, aunque sea en el campo, con camisa de color, veston y sombrero hongo. Sólo el parentesco ó una gran intimidad pueden excusar esta falta de consideración.

Cristina y Antonia.—He recibido su cariñosa carta, y las doy sinceramente el pésame por la desgracia que acaban de experimentar, porque el dolor es común cuando la amistad es tan íntima y verdadera. Mandaré los ejemplares de la segunda carta, que no he remitido por olvido. Ya saben Vds. que ambas ocupan un lugar privilegiado en mi corazón.

Leyendo mi periódico querido.—Una señora de cuarenta y cinco á cincuenta años, que tiene hijas de quince ó veinte años, no debe llevar un sombrero redondo más que para viaje y para el campo, y aun así, rodeándole de un velo de gasa que forme bridas, y colocándolo un poco atrás. La verdadera distinción consiste en que el traje guarde siempre armonía con la edad y con la figura. La batista se lleva á todas las edades. El foulard estampado, género Pompadour, está á la orden del día, y los chalecos se llevan más que nunca.

Rosalía.—Puede V. arreglar el vestido de lana gris, poniéndole chaleco, solapas y todos los demás adornos de pekin azul y maíz ó azul y gris. A una señora de cierta edad se la debe llamar señora, aunque no se sepa á punto fijo si es casada ó soltera; á una religiosa se la da el título de madre ó hermana, según su edad, pero también se la puede llamar señora sin faltarla al respeto.

A unas amables suscriptoras.—El dibujo que desean aparecerá en el pliego del 2 de Julio.

Los peinados de verano son completamente lisos; algunas ondulaciones por delante, y los de atrás dispuestos, ó bien en corona con trenza ó bien en rodete, adornado con algunos tirabuzones. Las pollas llevan únicamente un rodete en la nuca sostenido con una flecha ú otro cualquier capricho. Las mantillas de vestir son de encaje y de forma toalla. El luto no admite más adornos que la gasa negra, y de gasa debe ser la corbata. Sólo el tacto y una buena educación, pueden determinar el comportamiento de una jóven ó un jóven en sociedad.

M. O.—Los retratos nada tienen de común con la edad de la persona, pudiendo ésta elegir sin recelo la postura y el grandor que más la agrade.

Una italiana.—El color crema y el azul pálido armonizan perfectamente. Las cretonas Pompadour se adornan con batista lisa y encaje breton. Con el vestido á rayas, puede V. adornar el liso, poniéndole chaleco, solapas, bieses y echarpes rayados.

Margarita.—Se lleva luto por una madre política como por una madre. Granadina, batista negra, gasa, pero nada de encajes antes de cumplir el año.

Un compromiso.—Para hacer su visita de boda, elija usted vestido de seda negra con chaleco de pekin, sombrero blanco con plumas.

Los anuncios se reciben
en la Agencia de Publicidad de Antonio Escamez,
Tudescos, 35,

ANUNCIOS.

PRECIOS

Anuncios. 2 francos línea.
Reclamos. Precios convencionales.

MONTURAS PARA SOMBREROS.
VALVERDE, 6, SOMBRERERÍA DE KUHN,

PERFUMERIA DE PASCUAL

Arenal, 2, Madrid.

Patrocinada por la más distinguida Sociedad de la corte y provincias.

En esta acreditada perfumería es donde deben comprarse todos los artículos de perfumería fina extranjera, para asegurarse de la bondad y legitimidad de los mismos.

COMPANIA COLONIAL

Diez y ocho medallas de premio

TRES PRIMEROS PREMIOS EN FILADELFIA
CHOCOLATES, CAFÉS, TES Y BOMBONES

Depósito general: calle Mayor, 18 y 20. Sucursal: calle de la Montera, 8.—Madrid.

MÁQUINAS PARA BORDAR

32. ESPOZ Y MINA 34.

Con objeto de dar á conocer los primeros que pueden hacerse con estas máquinas, se dan un mes para prueba.

AGENCIA UNIVERSAL

DE

ANUNCIOS

fundada en 1874

DIRECTOR PROPIETARIO

ANTONIO ESCAMEZ

Es la primera y la más importante
AGENCIA DE PUBLICIDAD establecida en

España que recibe anuncios, comunicados y suscripciones para todos los periódicos y publicaciones de Madrid, las provincias, extranjero y Ultramar, proporcionando otros medios de anunciar con ventaja en sus precios para los anunciantes, en razón á los contratos especiales y pagos á los periódicos, los que en el último año, según datos que publicó la prensa, ascendieron á

UN MILLON DE REALES PRÓXIMAMENTE

habiendo satisfecho sólo á La Correspondencia, El Imparcial y El Globo por unos 600.000 reales.

Todos los periódicos más importantes de España, como El Imparcial y otros, hicieron grandes elogios de la fundación de esta AGENCIA por crearla útil á los intereses del comercio, el que en su mayor parte, tanto de España como del extranjero, anuncian por

conducto de esta casa, no sólo por la ventaja de sus precios, sino porque es de más comodidad para el anunciante entenderse solo con una Agencia que, además, dándole garantías, no verifica sus cobros hasta después de publicados los anuncios.

La casa cuenta con una imprenta completa, surtida de elegantes tipos, que ofrece los trabajos más delicados á precios económicos.

Independiente de la Sección de PUBLICIDAD, la casa se ocupa de

TODA CLASE DE COMISIONES Y ENCARGOS

y su envío á cualquier punto que se le indique, de la representación en general y de toda clase de asuntos.

Escribir con sellos para la contestación.

Tudescos, 35, Madrid.

SECRETOS UTILES.

MODO DE DAR Á LA ENCINA EL COLOR DEL ÉBANO.
—Se sumerge la madera, por espacio de 24 horas, en una solución de alumbre saturado de cal, y luego se rie-

ga muchas veces con una decocción de campeche.

Las piezas pequeñas torneadas pueden sumergirse en la misma decocción la cual se hace del modo siguiente:

Se pone á hervir una parte de madera de campeche con diez partes de agua, se filtra por

medio de un trapo, se hace evaporar el líquido á una temperatura suave hasta que quede reducido á la mitad, y se añaden por cada litro diez ó quince gotas de una solución saturada de indigo soluble completamente neutro. Regadas muchas veces las piezas de madera con esta segunda solución, se frota con otra, saturada y filtrada con acetato de co-



30. Delantal-blusa con encaje breton.

bre, vulgarmente verde gris, en ácido acético concentrado y caliente, repitiéndose la operación hasta que la madera obtenga el negro deseado.

MODO DE LIMPIAR LA PLATA.
—Se reducen á polvo muy fino: Una parte de alumbre, dos partes de cremor tártaro y dos partes de albáyale, el todo muy mezclado. Esos polvos se guardan en cajas herméticamente cerradas.

Para emplearlos se deslien en poca agua, se empapa un lienzo fino y con él se frota la plata. Los cubiertos se lavan en seguida con agua clara enjugándolos cuidadosamente.



32. Boton esmaltado.



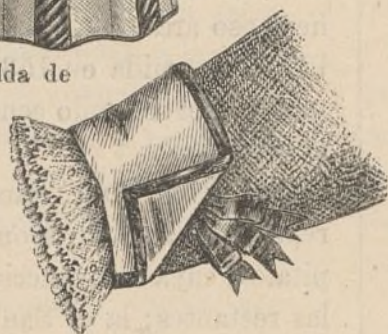
33. Boton de acero.



25. Espalda del vestido núm. 15 del Correo anterior.



34. Boton de naear.



36. Espalda de paletot núm. 29 del Correo anterior.

37. Manga para vestido.

de la falda y de la túnica, se copiarán fácilmente estudiando el figurin.

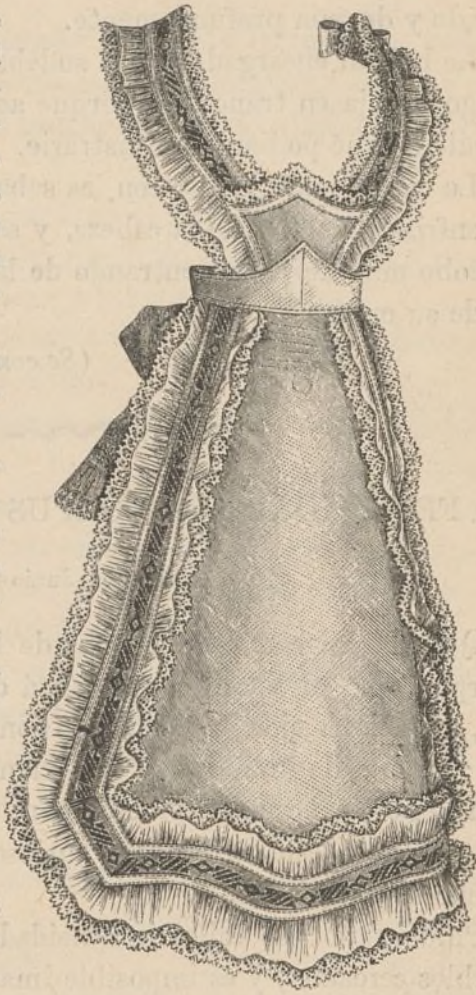
FIG. 3.^a Traje para niña de 8 á 10 años, hermana de la desposada.— Es un lindísimo vestido

EXPLICACION DEL FIGURIN 1365.

FIG. 1.^a Traje para madre de la desposada ó para recepcion.—Vestido princesa abierto sobre una falda bullonada y drapeada en paniers. Este vestido es de raso negro realzado con un bordado

de sedas multi-colores é hilo de oro y plata. El borde de la cola lleva una ruche voluminosa forrada de faya de otro color. La falda bullonada es de seda granate. Prendido de encaje negro con rosas encarnadas.

FIG. 2.^a Traje de desposada.— Falda de raso y túnica de muselina de la India á disposicion. Los detalles, sumamente distinguidos, pero muy sencillos de



31. Delantal bordado á punto de cruz.

de faya rosa, todo guarnecido de encaje breton. La parte que aparece como falda lleva todo alrededor muchos volantes plissés; las aldetas de atras van ondeadas y adornadas de lazos de cinta blanca; chaleco de seda blanca y corbata tambien de cinta blanca. Debe acompañar á este precioso vestido sombrero de seda ó gasa blanca con guirnalda de rosas por todo adorno.

PEINADOS DE VERANO

GRAN PELUQUERÍA Y PERFUMERÍA
DE D. JOSÉ ROYO
Proveedor de la Real Casa
Plaza de Sta. Ana, 15, Madrid.



38. Vestido con polonesa.

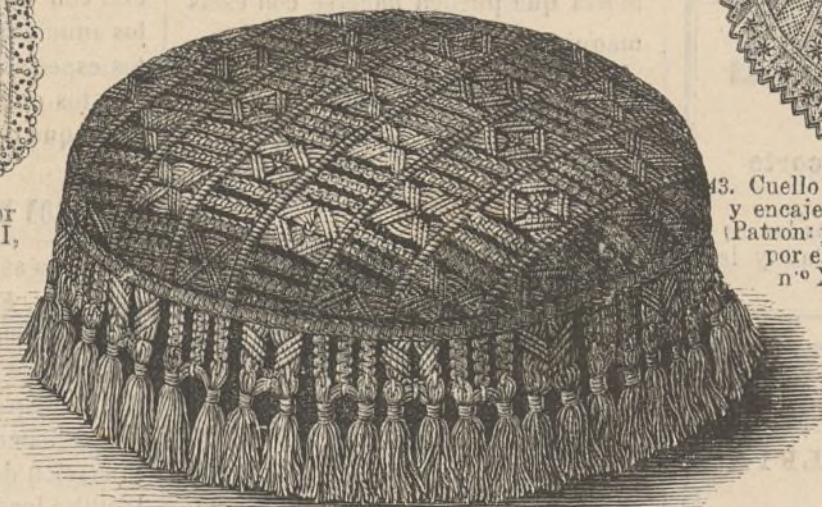
39. Vestido con chaleco. (Patron: pliego del 1.^o por el derecho, núm. 11, figs. 8 á 14.)

40. Vestido para campo y viaje. (Véase el número 41.) (Dibujo: pliego del 18 por el derecho, fig. 28.)

41. Vestido para viaje. (Véase el núm. 40.)



42. Cuello marino para niño. (Patron: pliego del 18 por el revers, núm. XI, fig. 61.)



46. Almohadon de tejido anudado. (Véanse los núms. 41 á 43.)



43. Cuello con bordados y encajes para niño. (Patron: pliego del 18 por el revers, n.º XII, fig. 62.)



44. Espalda del vestido núm. 41 del Correo anterior.



45. Espalda del vestido núm. 20 del Correo anterior.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edicion recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1365.

Editor-proprietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administracion: Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Núm. 2

SUMARIO
de Paris, ru
bordados. —
leta — Vest
y granadina

REVIS

Dos fies
gran impo
en Paris,
lon del Tro
graciados
gedin (Hum
cierto patr
ilustres r
residentes
que han
eminencias
mónico, ha
que se luce
vedades en
do elegante
que de alli
tonos rosa
ría, hacie
teatro-salo
florida. E
de un ves
blanco, de
de otro de
de encajes
de raso ros
nes de viol
reina Isabe
segunda fi
tido pekin
magníficos
la princesa
crema con
de bordado
duquesa de
marquesa
de San Car
damas de l
drileña, c
grana, rosa
nes ó broc
deliciosos.

Tambien
han visto r
dos en otro
todos, en s
dianas, uni
tas dos tela
faya y el ra
La india na
de la estacio
faya negra,
alguna pret
indianas Po
mendadas,
ran muy en
ciarse á est
le foulard e
el vestido, y
biendo veni
principio de
Las hech
los cuerpo
traperías ó